

9.

Su mal—también como el de la lotería—es que crea un hábito; un hábito análogo: la especulación. No sé si en Cuba se habrá estudiado a fondo alguna vez los efectos de la lotería sobre la conciencia nacional. Generalmente, los que la condenan se basan en meras razones políticas. Por lo demás, creen que la lotería es perfectamente inocente—un medio lícito de comprar ilusiones. Pero es que el tráfico en ilusiones, como cosa establecida, es fatal para la energética y la educación de un pueblo. Lo que un pueblo necesita es una disciplina de confianza en el esfuerzo propio, y no en el azar. La lotería ha contribuido mucho entre nosotros—como las demás formas del juego—a hacernos creer que la fortuna, y en general todas las reivindicaciones, no son cosas de labrarse y ganarse, sino cosas que bajan del cielo.

Pero hablábamos de la crónica. ¿Qué es ella si no otra forma de especulación? Especulación viene de espejo; falso miraje; el agua falaz donde se contemplaba Narciso alimentando sus vanidades. Así como la especulación lotera nos ha desacostumbrado del esfuerzo ganador y del ahorro, esa otra especulación adjetival de la crónica ha contribuido mucho a desacostumbrarnos de la valoración rigurosa—que es el ahorro de los adjetivos—y a fomentar la ilusión de que el prestigio es cosa fácil y advenediza.

52
68

junio 15/32

Glosas

BALANCE de la CRONICA

Por Jorge Mañach *Paris*

TERMINEMOS ya, hoy, este moroso balance de los significados y efectos de la crónica social. Si algún lector lo ha encontrado demasiado lato—que casi siempre significa demasiado lato—tenga en cuenta que un tema de éstos no es sino el pretexto de otros muchos temas. La crónica es una institución raigal en la vida cubana, y su proliferación es extraordinaria: echa flores—y sombras—sobre todos los sectores de nuestra existencia. Toda la realidad cubana, o casi toda, se pudiera examinar desde la copa de algunos de estos árboles institucionales que se llaman, por ejemplo: la Crónica Social, el Colegio de Belén, la Lotería, el Teatro Alhambra, el "Diario de la Marina"... Y hay que aprovechar, cuando se nos ofrece, la oportunidad de trepar a un árbol de éstos.

No quisiera haber sido demasiado negativo en todo lo ya escrito sobre la Crónica. He insinuado su justificación histórica, como recurso de la promoción democrática en la fase improvisadora de la vida nacional. Y he dicho cómo la crónica, además de responder a esa necesidad histórica, ha venido respondiendo también a la ley de familiaridad y a la ausencia de sentido jerárquico que rigen nuestro carácter cubano. Finalmente, apunté en el anterior artículo la ironía de la crónica, su indulgencia, la ilusión que en nosotros engendra y el peligro de esa ilusión, comparable al que procede de la lotería como hábito nacional. La crónica busca la improvisación del prestigio, como la lotería busca la improvisación de la fortuna.

Pero al lado de todo esto, habrá que apuntar también, antes de pasar la raya de suma y resta por lo bajo de esas columnas, el servicio práctico que indudablemente nos rinden. Su servicio de calendario de índice, de información, de sociabilidad inmediata. Si la crónica no nos diera la lista completa de las personas de cuenta que están de santo cada día, es natural que nos olvidásemos de muchas de ellas. Las casas de regalos, venderían menos. Se pondrían menos cartas y telegramas; habría menos visitas, etc. La crónica contribuye, pues, a mantenernos más unidos, más conscientes del prójimo; multiplica las obligaciones mutuas; hace la vida criolla más regalaona, afectuosa y suntuaria. Hasta el punto que eso sea un beneficio, a la crónica se lo debemos.

Otro tanto en su haber es que mantiene, no sólo la comunicación y la consideración, sino también la fluidez social. Impide que se formen barreras demasiado rígidas en el seno de una sociedad que no tiene por qué tenerlas. Generalmente, los cronistas son muy



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

10

54
69

condescendientes. Bien es verdad que de Fontanills se decía que imponía sus castigos, excluyendo sistemáticamente de la crónica, mermandole los adjetivos o insertando en la promiscuidad de alguno de sus párrafos más copiosos a la persona que había caído en desgracia suya. Pero esos eran accidentes escasos y personales. Por lo común, el Pontífice era parco en el anatema, y su bendición se extendía profusamente sobre la multitud de los catecúmenos sociales. Si no hubiera sido así, no habría alcanzado tanto poder de catequización, no se hubieran extendido tanto sus rediles. La crónica —en buen hora sea dicho— no ha contribuido en Cuba a la formación de una clase cerrada, sino, por el contrario, a impedir una clausura presuntuosa de los sectores dorados. Su ministerio ha sido discretamente democrático.

Decididamente, lo peor en su ejercicio ha sido, tal vez, el exceso de esa indulgencia, llevada al punto de valorar gratuitamente. Arrastrada por su mismo predicamento, la crónica social ha llegado hasta a invadir en Cuba las zonas de la estimativa que se hallan al margen de la estimación social. No se ha limitado a consignar o a atribuir méritos de salón, sino que ha extendido también su juicio a otros órdenes de calidades —intelectuales, morales, artísticas, etc.— sobre las cuales ya el juicio de valor importa mucho más. No es grave que a una "jeune fille" se la llame encantadora sin serlo; pero sí lo es que a cualquier aprendiz de violinista se le llame virtuoso, o a cualquier zurcidor de parrafadas hueras, gran conferencista. Con esta pretensión crítica injustificada —porque no suele asistirle una competencia suficiente— se fabrican olímpicos irresponsables, se crea una especie de derecho general al halago y se duplica la estimativa, entrando la crónica en conflicto con la crítica seria que tenemos— o que debiéramos tener. En Cuba se ha hecho ya sumamente riesgoso enjuiciar determinadas tareas públicas con cierto rigor y sobriedad, porque la crónica ha creado una costumbre tal de indulgencia, que frente a ella toda parquedad parece tacañería.

Concluyendo: ya en nuestros días, el inclusivismo excesivo de la crónica carece de las razones de ser que los abonaron en la época de la Improvisación. La crónica misma, como órgano de conocimiento de una minoría social, está a la defensiva en estos tiempos de emergencia de las grandes mayorías innominadas. Las masas se hinchen con una levadura sacada de sí mismas. En Cuba, la aristocracia de sangre se ha desleído. La burguesía adinerada se está arruinando. Toda la población deviene a la clase media, con vocación a la indigencia. No hay una clase en el candelerero, sino residuos de clases, —arribistas y tráfugas—. El confusionismo de la crónica responde a esta situación caótica. En fuerza de distinguir a todo el mundo, ya no distingue a nadie. O la crónica vuelve por un sentido jerárquico, a base de exclusiones, o muy pronto todo el monte va a ser orégano.

Sólo que las jerarquías no pueden establecerse más que sobre tres valores: la sangre, el dinero y el talento. Los dos primeros menguan cada día más en Cuba, y el talento siempre ha tenido mucho de antisociable y, por consiguiente, de antipático a la crónica. La conclusión inexorable es que muy pronto la crónica va a tener que hacerle la competencia a la guía de teléfonos. O pasar a la arqueología.

Pais

Junio 17/32



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA